

SEGUNDA PARTE

Me hallaba por entonces en Alemania, adonde me había llevado la ocasión de unas guerras que aún no han terminado; y cuando volvía de la coronación del emperador para reunirme con el ejército, el comienzo del invierno hizo que me detuviera en un lugar donde, por no tener ninguna conversación que me entretuviese, y no teniendo tampoco, por fortuna, cuidados ni pasiones que me inquietasen, pasaba el día entero encerrado solo junto a una estufa, con toda la tranquilidad necesaria para dedicarme a mis pensamientos. Entre éstos, uno de los primeros fue que se me ocurrió considerar que muchas veces no hay tanta perfección en las obras compuestas de muchas partes, y hechas por mano de diversos artífices, como en aquellas en las que ha trabajado uno solo. Así se ve que los edificios que un solo arquitecto ha emprendido y llevado a término, suelen ser más hermosos y estar mejor arreglados que aquellos que varios han tratado de componer aprovechando viejos muros contruidos para otros fines. Así, esas viejas ciudades que no fueron al comienzo más que caseríos, y que con el transcurso del tiempo han llegado a ser grandes urbes, suelen estar muy mal trazadas en comparación con las plazas regulares que un ingeniero diseña según su fantasía en una llanura; de manera que aunque en sus edificios, considerados uno por uno, se encuentre muchas veces igual o mayor arte que en los de las otras, sin embargo, al ver cómo están dispuestos, aquí uno grande, más allá uno pequeño, y cómo hacen las calles tortuosas y desparejas, se diría ¹² que lo que los ha dispuesto así es más bien el azar, que la voluntad de seres humanos dotados de razón. Y si se considera que sin embargo, siempre ha habido funcionarios encargados de inspeccionar los edificios de los particulares, para hacerlos servir al ornato público, se reconocerá muy bien que es difícil hacer cosas bien acabadas, cuando se trabaja solamente sobre

las obras de otros. Así, imaginaba yo que los pueblos que, por haber sido semi salvajes en otro tiempo, y no haber alcanzado la civilización sino poco a poco, han ido haciendo sus leyes a medida que los obligaba a ello la molestia de los crímenes y de las discordias, no tendrían una organización política tan buena como aquellos que, desde el comienzo de su unión, han observado las constituciones de algún legislador prudente. Tal como es muy cierto que el estado de la religión verdadera, cuyas ordenanzas ha establecido Dios solo, debe estar incomparablemente mejor reglamentado que todos los otros. Y para hablar de las cosas humanas, creo que si Esparta ha florecido tanto en otro tiempo, no ha sido por la bondad de cada una de sus leyes en particular, pues algunas eran muy extrañas y aun contrarias a las buenas costumbres; sino a causa de que, habiendo sido instituidas por uno solo, tendían todas al mismo fin. Y así pensé que las ciencias de los libros, al menos aquellas cuyas razones son solamente probables y no tienen demostración, al estar compuestas y acrecentadas poco a poco por las opiniones de muchas personas diversas, no se aproximan tanto a la verdad como los razonamientos simples que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido,¹¹ acerca de las cosas que se presentan. ¹³

Y así también pensé que, puesto que todos nosotros hemos sido niños antes de ser hombres, y durante mucho tiempo hemos tenido que someternos al gobierno de nuestros apetitos y de nuestros preceptores, que a menudo eran contrarios unos a otros, y que no nos aconsejaban quizá, ni los unos ni los otros, siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros, ni tan sólidos, como lo habrían sido si hubiésemos estado en entera posesión de nuestra razón desde el momento de nacer, y hubiésemos sido dirigidos siempre sólo por ella.

11. Courcelles: «homo aliquis sola ratione naturali utens, & nullo praejudicio laborans» AT VI, 546.

Es verdad que no vemos que se derriben todas las casas de una ciudad, con la sola intención de reconstruirlas de otra manera para hacer más hermosas las calles; pero se suele ver que algunos hacen demoler sus casas para edificarlas de nuevo, y aun a veces se los obliga a hacerlo, cuando corren peligro de desmoronarse, y no tienen cimientos suficientemente firmes. Ante cuyo ejemplo me persuadí de que no sería sensato, en verdad, que un particular pretendiese reformar un Estado, cambiándolo todo desde los cimientos, y derribándolo para corregirlo; ni siquiera reformar el cuerpo de las ciencias, o el orden establecido en las escuelas para su enseñanza; pero que, por lo que se refiere a todas las opiniones a las que yo había prestado crédito hasta entonces, no podía hacer nada mejor que emprender, de una buena vez, la tarea de quitárselo, a fin de dárselo luego a otras mejores, o a ellas mismas, después de haberlas ajustado al nivel¹² de la razón. Y creí firmemente que por este medio lograría dirigir mi vida mucho mejor que si sólo construía sobre viejos cimientos, apoyándome sólo en los principios de los que me había dejado persuadir en mi juventud, sin haber examinado nunca si eran verdaderos. Pues aunque notase en esto diversas dificultades, no eran tales, que no tuviesen remedio, ni eran comparables a las que se encuentran en las menores cosas que tienen que ver con lo público. Estos grandes cuerpos, cuando han sido derribados, son muy difíciles de levantar, y es incluso muy difícil mantenerlos en pie, cuando se han desquiciado; y sus caídas nunca dejan de ser muy rudas. Además, en lo que atañe a sus imperfecciones, si es que las tienen —y la mera diversidad que existe entre ellos basta para asegurar que muchos las poseen—,¹³ el uso las ha suavizado

12. Frondizi: «al juicio».

13. Los guiones en la frase «—y la mera diversidad que existe entre ellos basta para asegurar que muchos las poseen—» son agregado de esta traducción, con lo que seguimos a García Morente, ed. cit., p. 43, y a Frondizi, ed. cit., p. 14.

mucho, sin duda; e incluso ha evitado, o ha corregido insensiblemente, muchas de ellas, que no se habrían remediado tan bien con la prudencia. Y por fin, casi siempre son más soportables que lo sería su cambio; de la misma manera que los grandes caminos, que serpentean por las montañas, poco a poco llegan a ser tan parejos y tan cómodos, por el uso, que es mucho mejor seguirlos, que intentar ir más directamente, saltando por sobre los riscos y bajando hasta el fondo de los precipicios.

Por ello, no podría en modo alguno prestar aprobación a esos espíritus enredadores e inquietos que, sin ser llamados al manejo de la cosa pública ni por su nacimiento ni por su fortuna, no dejan de proponer siempre, en idea, alguna reforma nueva. Y si pensara que hay en este escrito la menor cosa que 15 pudiera hacerme sospechoso de esta insensatez, me pesaría mucho consentir en su publicación. Mi propósito no fue nunca otro que el de tratar de reformar mis propios pensamientos, y edificar en un terreno que me pertenece a mí solo. Si, habiéndome gustado bastante mi trabajo, os muestro aquí el modelo, ello no quiere decir que pretenda aconsejar a nadie que lo imite. Aquéllos a quienes Dios ha dado mayor participación en sus gracias, tendrán quizá propósitos más ambiciosos; pero mucho me temo que éste no sea ya excesivamente osado para muchos. Ya la sola resolución de deshacerse de todas las opiniones a las que antes se había prestado crédito, no es un ejemplo que cualquiera deba seguir; y el mundo no se compone casi más que de dos suertes de ingenios, a los cuales este ejemplo no les conviene en modo alguno. A saber, de aquellos que, creyéndose mejor capacitados de lo que son, no pueden evitar juzgar con precipitación, ni pueden tener suficiente paciencia para conducir con orden todos sus pensamientos; de donde viene que si una vez se toman la libertad de dudar de los principios que les han inculcado, y de desviarse del camino común, nunca podrán mantenerse en la senda que se debe tomar para andar más rectamente,

y permanecerán extraviados toda la vida. Y luego, de aquellos que, poseyendo suficiente razón, o modestia, para juzgar que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso que otras personas por quienes pueden ser instruidos, deben más bien contentarse con seguir las opiniones de éstas, antes que buscar por sí mismos otras mejores.

Yo habría estado sin duda entre estos últimos, si nunca hubiese tenido más que un único maestro, o no hubiese conocido las diferencias que siempre han existido entre las opiniones de los más doctos. Pero habiendo aprendido en el colegio que no se puede imaginar nada tan extraño ni tan increíble, que no haya sido dicho por alguno de los filósofos; y habiendo visto después, al viajar, que los que tienen opiniones muy contrarias a las nuestras no son por ello bárbaros ni salvajes, sino que muchos emplean la razón tanto como nosotros, o más; y habiendo considerado que un mismo hombre, con el mismo ingenio, si se ha criado desde la infancia entre franceses o alemanes, llega a ser muy diferente de lo que sería, si hubiese vivido siempre entre chinos o entre caníbales; y que hasta en las modas de nuestros vestidos, aquello mismo que nos ha gustado hace diez años, y que quizá nos guste de nuevo dentro de otros diez, nos parece ahora extravagante y ridículo; de manera que son la costumbre y el ejemplo los que nos persuaden, más que un conocimiento cierto; y que sin embargo, la multitud de votos no vale como prueba de las verdades un poco difíciles de descubrir, porque es más verosímil que un hombre solo las haya descubierto, que no todo un pueblo: no podía elegir a nadie cuyas opiniones me pareciesen preferibles a las de otros, y me hallé como obligado a dirigirme por mí mismo.

Pero, como hombre que marcha solo y en la oscuridad, resolví ir tan despacio, y observar en todo tanta circunspección, que aunque no avanzase sino muy poco, al menos me guardaría de caer. Ni siquiera quise comenzar a rechazar del

todo ninguna de las opiniones que se hubieran podido deslizarse alguna vez en mi creencia sin haber sido introducidas en ella por la razón, antes de haber empleado bastante tiempo en elaborar el proyecto de la obra que emprendía,¹⁴ y en buscar el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de las que mi ingenio fuese capaz.

Cuando era más joven, había estudiado un poco, de las partes de la filosofía, la lógica; y de las partes de las matemáticas, el análisis de los geómetras y el álgebra; tres artes, o ciencias, que parecía que debían contribuir algo a mi propósito. Pero al examinarlas, advertí que, por lo que respecta a la lógica, sus silogismos, y la mayoría de sus otras enseñanzas, sirven más para explicar a otros las cosas que uno sabe, o incluso, como el arte de Lulio, para hablar sin juicio de las que se ignoran, que para aprenderlas. Y aunque ella contenga, en efecto, muchos preceptos muy verdaderos y buenos, hay, sin embargo, mezclados con ellos, tantos otros dañosos o superfluos, que es casi tan difícil separarlos, como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol sin desbastar. Luego, por lo tocante al análisis de los antiguos y al álgebra de los modernos, aparte de que no se extienden sino a materias muy abstractas y que no parecen tener ninguna utilidad, el primero está siempre tan ligado a la consideración de las figuras, que no puede ejercitar el entendimiento sin fatigar mucho la imaginación; y en la última se ha establecido tal sujeción a ciertas reglas y a ciertos símbolos, que se ha hecho de ella un arte confusa y oscura, que enreda al ingenio, en vez de una ciencia que lo cultive. A causa de esto, pensé que había que buscar algún otro método que, abarcando las ventajas de estos tres, estuviese libre de sus defectos. Y como la multitud de las leyes suministra a menudo excusas a los vi-

14. Courcelles añade aquí un párrafo con una comparación, del que sólo notaremos la frase: «prius quâ ratione certi aliquid possem invenire cogitavi». AT VI, 549.

cios, de modo que un Estado está mucho mejor regido cuando tiene muy pocas, muy estrictamente observadas; así, en lugar de ese gran número de preceptos de que se compone la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, con tal que me formase una resolución firme y constante de no dejar de observarlos ni una sola vez.

El primero fue no admitir nunca como verdadera cosa alguna, que no conociese con evidencia ser tal; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención; y no abarcar en mis juicios¹⁵ nada más que aquello que se presentase a mi espíritu tan clara y distintamente, que yo no tuviese ninguna ocasión de ponerlo en duda.

El segundo, dividir cada una de las dificultades que examinaria, en tantas partes como fuese posible, y como fuese necesario para resolverlas mejor.

El tercero, conducir mis pensamientos ordenadamente, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, como por grados, al conocimiento de los más compuestos; suponiendo incluso un orden entre aquellos que no se preceden naturalmente los unos a los otros.

Y el último, hacer en todo¹⁶ unas enumeraciones tan completas, y unas revisiones tan generales, que estuviese seguro de no omitir nada.

Esas largas cadenas de razones, todas simples y fáciles, de las que suelen servirse los geómetras para alcanzar sus demostraciones más difíciles, me habían dado ocasión de imaginar que todas las cosas que los hombres pueden conocer se siguen unas a otras de la misma manera, y que, con sólo que uno se abstenga de admitir por verdadera alguna que no lo

15. Courcelles: «en la conclusión» («conclusiones», AT VI, 550).

16. Courcelles: «tum in quaerendis mediis, tum in difficultatum partibus percurrendis». AT VI, 550.

sea, y que se observe siempre el orden necesario para deducirlas unas de otras, no puede haber ninguna tan remota, que no se llegue finalmente a ella, ni tan escondida, que no se la descubra. Y no me fue muy difícil buscar por cuáles era preciso comenzar: pues ya sabía que era por las más simples y fáciles de conocer; y considerando que de todos los que hasta ahora han investigado la verdad en las ciencias, solamente los matemáticos han podido encontrar algunas demostraciones, es decir, algunas razones ciertas y evidentes, no dudé de que fuese por las mismas que ellos han examinado; aunque no esperase obtener de aquí otra utilidad, sino que por ellas mi espíritu se acostumbraría a alimentarse de verdades, y a no contentarse con falsas razones. Pero no por ello tuve el propósito de procurar aprender todas las ciencias particulares que comúnmente se llaman matemáticas; y viendo que aunque sus objetos sean diferentes, ellas no dejan de concordar todas, pues no consideran de ellos otra cosa que las diversas relaciones o proporciones que en ellos se encuentran, pensé que lo mejor sería que examinase únicamente estas proporciones en general, suponiéndolas sólo en los objetos que sirviesen para hacerme más fácil su conocimiento; e incluso sin sujetarlas a ellos en modo alguno, a fin de poder aplicarlas después más fácilmente a todos los otros a los que conviniesen. Después, habiendo advertido que, para conocerlas, a veces tendría que considerar a cada una en particular, y otras veces sólo tendría que retenerlas, o abarcar varias juntas, pensé que para mejor considerarlas en particular, debía suponerlas en líneas, ya que no encontraba nada más simple ni que pudiese representar más distintamente a mi imaginación y a los sentidos; pero que, para retenerlas, o para abarcar varias juntas, convenía que las explicase mediante algunas cifras, lo más cortas que fuese posible; y que por este medio tomaría lo mejor del análisis geométrico y del álgebra, y corregiría los defectos de uno mediante la otra.

Así es como, en efecto, me atrevo a decir que la exacta observación de estos pocos preceptos que había elegido me dio tal facilidad para desenredar todas las cuestiones a las que se aplican estas dos ciencias, que en dos o tres meses que empleé en examinarlas, habiendo comenzado por las más simples y generales, y valiéndome de cada verdad que encontraba, como de una regla que me servía para encontrar otras, no solamente logré resolver muchas que antes había juzgado muy difíciles, sino que además, hacia el final, me pareció que aun en aquellas que ignoraba, podía determinar por cuáles medios y hasta qué punto era posible resolverlas. Con ello no me estimaréis quizá muy vanidoso, si consideráis que, puesto que no hay más que una verdad sobre cada cosa,¹⁷ quien la encuentre sabe de ella todo lo que se puede saber; y que, por ejemplo, cuando un niño instruido en la aritmética ha hecho una suma de acuerdo con las reglas, puede estar seguro de haber encontrado, acerca de la suma que examinaba, todo cuanto el ingenio humano podría hallar. Porque en último término, el método que enseña a seguir el orden verdadero, y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo lo que confiere certeza a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más me agradaba de este método era que gracias a él estaba seguro de usar, en todo, mi razón, si no de manera perfecta, al menos lo mejor que estuviese en mi poder; además de que al aplicarlo sentía que mi espíritu se acostumbraba poco a poco a concebir más nítidamente y más distintamente sus objetos, y que, al no haberlo sujetado a ninguna materia particular, me prometía aplicarlo a las dificultades de las otras ciencias con la misma utilidad que había obte-

17. Frondizi: «por no haber en matemáticas más que una verdad en cada cosa».

nido en las del álgebra.¹⁸ No es que por ello me atreviese a emprender en seguida el examen de todas las que se presentasen; pues eso mismo habría sido contrario al orden que él prescribe. Pero habiendo advertido que los principios de ellas debían tomarse todos de la filosofía, en la cual no encontraba 22 yo aún ninguno cierto, pensé que ante todo tenía que intentar establecer allí algunos; y que, siendo ésta la cosa más importante del mundo, y en la que más había que temer la precipitación y la prevención, no debía acometer esta empresa hasta no haber alcanzado una edad mucho más madura que la de veintitrés años, que yo tenía entonces; y hasta no haber empleado, antes, mucho tiempo en prepararme, tanto desarraigando de mi espíritu todas las malas opiniones que había recibido en él antes de ese momento, como acumulando muchas experiencias, para que fuesen después la materia de mis razonamientos, y ejercitándome continuamente en el método que me había prescrito, para afirmarme más y más en él.